

CARLOS FIDALGO

# *El baile del fuego*

Una historia de amor  
en tiempos de guerra y paz

la esfera  de los libros

PRIMERA PARTE

EL AMOR

**M**e enamoré de Amalia Quiroga mientras tocaba un fragmento de *El amor brujo* en el piano de cola del Club Lyceum, en la Casa de las Siete Chimeneas. Amalia tenía veinte años, era hija de un empresario de Mondoñedo que la alojaba en la Residencia de Señoritas de la calle Fortuny después de inscribirla en el conservatorio, y los cuatro minutos y medio que duró su interpretación me marcaron como un hierro candente.

Era la primera vez que veía a una mujer al piano y los dedos de Amalia repicaban en las teclas blancas y negras de marfil con una energía desconcertante. Todo el salón escuchaba en silencio. Los hombres conteníamos el aliento, embobados ante aquel despliegue repentino de fuerza y de coordinación. Las mujeres asentían satisfechas. Y Amalia inclinaba levemente la cabeza y temblaba como si estuviera en trance mientras deslizaba las manos sobre el teclado con una concentración

y una intensidad tan arrebatadoras que arrancaron un aplauso rotundo en el momento en que terminó la pieza, tras un movimiento final contundente, definitivo, que sonó como un desafío.

Cuando me acerqué para preguntarle, pobre de mí, qué es lo que había tocado aquella noche, me respondió: «*La danza ritual del fuego*, del maestro Manuel de Falla». Después se levantó de la banqueta y enseguida la rodearon para felicitarla.

Yo estaba allí para tomar fotografías. No sabía nada de música. Y el pelo rojo de Amalia, que le caía rebelde sobre los hombros mientras estiraba los brazos y acercaba el cuerpo al piano, completaron el sortilegio. Estaba perdido.

—A María le hubiera gustado mucho escucharte —le decía una mujer madura. Y llamaba mucho la atención porque su melena negra era tan larga que le rebasaba la cintura—. Le escribiré a Suiza para contárselo. ¿Has leído el libreto, verdad?

—¿El que escribió su marido? —Y un gesto de desagrado afloró en el rostro de aquella mujer de cabellos oscuros y pómulos muy marcados, que al momento le respondió:

—Hace algunos años que se separaron —pero se quedó, me pareció evidente, con las ganas de contarle algo más.

—¿Les puedo tomar una fotografía? —interrumpí mientras enseñaba mi pequeña Kodak Baby Brownie, casi una cámara de aficionado.

—¿Y tú quién eres? —me tuteó la mujer madura. Amalia, aún no sabía su nombre, no me quitaba ojo.

—Me llamo Vicente Yebra —les dije muy ufano—. Y he venido a fotografiar a Lorca para las páginas del *Ahora*.

Federico García Lorca, en la plenitud de su talento, era un ser luminoso que se paseaba por el salón de la Casa de las Siete Chimeneas con un manojo de poemas bajo el brazo. Y yo era un mentiroso que usaba el nombre del periódico donde solo trabajaba como aprendiz de tipógrafo para tomar fotografías con la esperanza de colocárselas a Manuel Chaves, el subdirector, y que me diera la oportunidad de convertirme en reportero gráfico.

—Entonces no pierdas el tiempo con nosotras —me respondió la mujer envejecida con gesto distante—. Federico empezará su recital enseguida.

«Manzanas levemente heridas por finos espadines de plata. La aurora de Nueva York tiene cuatro columnas de cieno. Nardos de angustia dibujada. Enjambres de monedas furiosas». Los versos que Lorca había escrito durante su estancia en Manhattan, unos años antes, apagaron el eco del piano. Pero yo solo tenía ojos para Amalia, bien rodeada de mujeres mayores, orgullosas de su energía. Allí estaba María de Maeztu, la presidenta del Lyceum, la directora de la Residencia de

Señoritas también, insigne pedagoga que le ponía hora a sus estudiantes para vencer los recelos de sus padres varones, siempre reacios a que sus hijas aprendieran algo más que costura y se atrevieran a mezclarse con los hombres en los pasillos de la universidad o en las aulas del conservatorio de música. Allí estaba Alberti, el poeta de *Marinero en tierra*, y su mujer, María Teresa León, que también era escritora y socia del club. Habían venido las diputadas Clara Campoamor y Victoria Kent, que unos años atrás se habían enzarzado en un debate parlamentario sobre el voto femenino. Y allí seguía la mujer madura. No perdía ni una sola palabra, ni uno solo de los silencios con los que el poeta de Granada marcaba las pausas durante la lectura de unos versos inéditos a los que aquella noche no presté la menor atención.

—Un momento, un momento. ¿Victoria Kent y Clara Campoamor juntas durante una lectura de *Poeta en Nueva York* unos meses antes de la guerra? Me estás contando una milonga...

—Las dos eran socias del Club Lyceum. ¿Por qué te resulta tan extraño?

—Ya. Y tú te colaste con una cámara de fotos en un club femenino...

—Los hombres podían asistir de acompañantes a las conferencias y a los conciertos. Y aquella noche habían

anunciado el recital de Lorca. Nadie me impidió el paso en la puerta.

—¿Con la Kodak?

—Era una cámara de baquelita. Tenía la altura de una pinza.

—¿Y qué hiciste con las fotos de Lorca?

—Salieron borrosas.

Salieron borrosas. Y también las que les hice a Amalia y a María de Maeztu poco antes de que las dos dejaran el club para volver en un auto a la Residencia de Señoritas. Las había colocado junto al piano de cola y posaron muy serias, como una alumna y su tutora. La mujer madura de melena larga y oscura había desaparecido y tardó un momento en volver. Y Amalia, el pelo cobrizo, los ojos de color azul cobalto, no me quitaba la mirada de encima, te lo juro. Mientras accionaba el obturador para regular la entrada de luz en la cámara, le pregunté su nombre y con todo el descaro del mundo le pedí que me diera una dirección para entregarle una copia de las fotos. Y lo hizo. «Me llamo Amalia Quiroga y vivo en la Residencia de Señoritas», me dijo con las mejillas encendidas mientras la directora ponía cara de no haber oído nada.

Pero no había suficiente luz en el cuarto. Y yo tampoco era muy diestro con la cámara. Las imágenes

salieron envueltas en un velo que difuminaba sus contornos cuando las revelé al día siguiente en el aseo de casa, así que en la primera fotografía que tomé de ella Amalia parecía un fantasma.

—¿De dónde eres? —me atreví a preguntarle cuando les hice las fotos y la Maeztu, no sé si en un descuido o en un acto deliberado, nos dejó solos mientras hacía un aparte con la mujer de melena inmensa.

—De la Mariña de Lugo —me respondió. Y me miraba a los ojos con un descaro que resultaba desconcertante—. ¿Y tú?

—Yo soy de Ponferrada.

—Pues no está tan lejos de mi casa. ¿Y qué haces en Madrid?

—Hago fotos, ya te lo he dicho.

—No pareces muy hábil...

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—Intuición.

—Claro. La famosa intuición femenina —le respondí molesto porque había dado en el blanco a la primera.

Sonrió. Creo que le divirtió mi reacción. Por un momento tuve la sensación de que me miraba como a un muñeco, o a una mascota. O a un niño pequeño. Pero esa impresión se desvaneció enseguida. Algo estaba pasando por su cabeza.



—Ven... —me susurró al oído en un gesto de complicidad. Y me tomó de la mano para llevarme fuera del salón del piano de cola hasta otra habitación menos concurrida.

—¿A dónde vamos? —le pregunté mientras cruzábamos el umbral y entrábamos en una estancia apenas iluminada por una lámpara sobre un aparador.

—Ahora lo verás...

Y detrás de una columna, sucedió. Acercó su boca a la mía, sin más explicaciones, y me besó como nunca antes me había besado ninguna chica. Es decir, tomando ella la iniciativa. Fue un beso decidido, casi un beso robado, un beso cálido, sin titubeos ni vacilaciones. Un beso descarado, bien plantado en los labios. Amalia sabía lo que quería, no era ninguna novata, y aquella provocación, porque eso es lo que era, parecía una continuación de su desafío al piano. «¿Te gusto? Pues agárrate, que vienen curvas», era el mensaje.

En aquella época yo era muy tontorrón, muy torpe, y todavía no me había acostado con ninguna chica. Las mujeres con las que alternaba eran muy mojigatas, muy sosas, y a Amalia no parecía importarle la impresión que pudiera llevarme de ella.

Me dejó estupefacto, claro, y mi cara tuvo que ser un poema cuando separó su boca de la mía y el aroma

dulce de su pelo me hizo cosquillas en la nariz, porque soltó una carcajada —era la primera vez que la veía reír así—. Me pasó las yemas de los dedos por los labios, como si quisiera borrar las huellas del beso con un gesto de ternura, sus pecas temblaron igual que las pavesas de un incendio, y después me dejó allí plantado, sin más, mientras yo trataba de asimilar qué era lo que había ocurrido.

Amalia regresó con María de Maeztu. Y el resto del tiempo que permaneció en el Club Lyceum me esquivó de forma deliberada. De repente había perdido todo interés por mí. O eso era lo que parecía. Pero yo no dejaba de rondarla mientras esperaba la oportunidad de quedarme otra vez a solas con ella. No iba a ser fácil si Amalia no ponía algo de su parte, porque todo el mundo se acercaba a hablarle. Incluso Lorca, igual de solicitado, se rio un momento con ella y le contó, eso llegué a oírlo, que era un buen amigo de Manuel de Falla.

Después de unos minutos, sin embargo, la empecé a notar cansada, su rostro se ensombreció un poco, harta de ser el centro de atención, supongo. Y no tardó en marcharse del club de la mano de la Maeztu. Cuando pasó a mi lado, ni siquiera me miró.

Así que me quedé de pie, con la Kodak en una mano, sin saber muy bien qué hacer después de la lectura,

con el beso todavía en la boca, como un castigo. Lorca se acercó a mí, echó un vistazo a la cámara, sonrió, me dijo que iban a terminar la noche en el piso de un amigo chileno y me invitó a acompañarles.

—¿Pablo Neruda?

—No. No era en la Casa de las Flores. Era en el piso de un diplomático.

—¿Y te invitó sin más?

—Me pidió que les tomara unas fotografías. Para la posteridad, me dijo, con esa alegría contagiosa que emanaba de su boca radiante de luz.

—Eso tampoco me lo creo.

Lorca reía todo el rato. Y su risa era tremenda. Pero no reían sus ojos.

—¿Y a dónde fuisteis?

—La residencia de aquel diplomático estaba muy cerca del parque del Retiro. Durante la guerra alojó a un montón de asilados que desconfiaban del terror rojo y de las checas. Lo sé porque pasé más de una vez por delante del edificio y siempre había un grupo de milicianos de vigilia en la puerta. Pero aquella noche no fui con Lorca ni con Alberti ni con María Teresa León, sus amigos. Con gusto hubiera ido hasta la calle Fortuny, detrás de Amalia. Pero eso hubiera sido una torpeza.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Fotografiar a un fantasma de verdad.

»¿Conoces la Casa de las Siete Chimeneas? Está aquí al lado, en la plaza del Rey, y no hace mucho fue la sede de un banco. Es un edificio de ladrillo rojo, uno de los más antiguos de Madrid, porque se levantó durante el reinado de Felipe II. Allí vivió una amante del rey, hija de uno de sus monteros y casada con un capitán de los Tercios de Flandes para guardar las apariencias. Enviudó muy pronto y murió asesinada después de dar a luz a una niña. Su cadáver desapareció, su asesino también. Y no sé qué se hizo de la niña, que las malas lenguas dicen que era hija bastarda del rey. Fue durante una reforma, algunos años antes de alojar el Club Lyceum, cuando aparecieron unos huesos en una pared junto a unas monedas del siglo XVI.

—¿Unos huesos de mujer?

—No hace falta imaginar nada más, ¿verdad? La noche de la que te hablo, mientras el auto donde viajaba Amalia se alejaba camino de la calle Fortuny y Lorca, Alberti y María Teresa León se disponían a dar un paseo hasta la casa del diplomático, a unos minutos a pie, me giré en mitad de la plaza y miré hacia las Siete Chimeneas. No es un edificio muy alto ni tampoco especialmente siniestro. Pero en una de las esquinas del voladizo, inmóvil sobre el tejado, distinguí a una mujer con una antorcha.

—Ja...

—«¿Qué estás haciendo ahí, muchacho? ¿No vienes?», me gritó Lorca cuando vio que me retrasaba. Yo

acababa de apretar el disparador de mi cámara Kodak, sobrecogido por la aparición, como si la noche y la luz de las farolas que iluminaban la plaza no pudieran devorar aquella silueta vestida de blanco que señalaba hacia el Palacio Real con una tea que ardía en silencio y que por un momento me recordó al pelo revuelto de Amalia.

—Y el espectro ese, ¿también salió borroso?

—Seguramente fuera un resplandor. Circulaban algunos autos hacia la Gran Vía.

—Entonces, ¿en qué quedamos...?

—Déjalo. No me estás tomando en serio.

—Es que no quiero perder el tiempo, Vicente. ¿Te pido otro vermú?

—Claro.

—¿Y qué hiciste después de ver al «fantasma»?

—Me olvidé de Lorca y regresé a la Casa de las Siete Chimeneas, entré en el salón a la carrera, impresionado por lo que había visto, y me topé con la mujer madura, a punto de interpretar una pieza en el piano de cola. «He visto a una mujer en el tejado», le dije. Y ella se sobresaltó. Levantó la cabeza del teclado, sus pómulos temblaron, y me miró con un gesto a medio camino entre la tristeza, la resignación y el hastío. Seguramente no era la primera vez que escuchaba aquella historia. «Haga el favor de salir de aquí», me pidió otra socia del Lyceum que le traía una partitura, visiblemente molesta. Debí de pensar que me burlaba de ellas.

Aquella noche me había dejado un mal sabor de boca. No había estado a la altura del reto de Amalia, era evidente. Así que dos días después me acerqué hasta la Residencia de Señoritas, aunque no tuviera ninguna fotografía que enseñarle, y la encontré con su padre, que había venido a recogerla para que pasara las Navidades con él en Mondoñedo.

—Papá, te presento al señor Yebra, periodista del diario *Ahora* —reaccionó con aplomo en cuanto me acerqué a ellos. Y me crecí como un pavo real porque no se había olvidado de mi nombre.

Estaban sentados en un sillón en el vestíbulo, rodeados de maletas y un baúl gigantesco. El chófer cargaba el equipaje en la trasera de un enorme Hispano Suiza aparcado a las puertas de la residencia y, lo reconozco, disfruté un poco mientras ponía a Amalia en un compromiso. Por entonces era un poco atolondrado, ya

lo he dicho. Un poco insensato también. Y tenía que hacerlo así, a las bravas, para no perder comba con Amalia. Si me equivocaba ya tendría tiempo de arrepentirme.

—¿Periodista? —preguntó su padre, un cuarentón de bigote fino, el pelo bermejo prematuramente encanecido, vestido con traje de viaje y chaleco, apuesto, como su hija, los zapatos brillantes, las pecas apagadas y un aspecto de lord inglés, o al menos la idea que por entonces yo tenía de un lord inglés, que imponía un poco.

—Reportero gráfico —le mentí.

—El señor Yebra nos hizo unas fotos en el Club Lyceum la otra noche y viene a traernos unas copias. La señora Maeztu debe estar en su despacho —intervino Amalia.

—¿Y puedo echarles un vistazo a esas fotos, señor Yebra?

—Me parece, señor...

—... Quiroga —me dijo mientras me ofrecía un tibio apretón de manos.

—Me parece, señor Quiroga, que han salido todas borrosas.

—Y entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí, joven? Y no supe qué responderle.

Menos mal que la propia María de Maeztu, que parecía una mujer cabal y salía a despedirse de Amalia, nos echó un cable en ese mismo momento.

—Le he mandado venir yo, señor Quiroga. Necesito unas fotografías de la residencia.

Y después de dedicarme una mirada fugaz que no supe muy bien cómo interpretar, acompañó al padre y a la hija hasta el jardín del exterior de la casona mientras yo me quedaba en el vestíbulo, a medio camino de ninguna parte.

Decidí salir detrás de ellos y aproveché el momento en que el millonario, porque tenía que ser millonario para circular con un coche así, mantenía una última conversación con la directora para hacerle una seña al chófer.

—¿Y tu jefe a qué se dedica? —le pregunté.

—El señor Quiroga explota canteras de áridos y tiene una serrería en Mondoñedo —me dijo—. Pero mi patrón es un amigo suyo de Santiago que le ha prestado el auto para el viaje.

Y Amalia me miraba sin atender a la charla que su padre mantenía con María de Maeztu. Me miraba y le asomaba una sonrisa en la comisura de la boca, no sé muy bien por qué, si es que había algo en mí que le hacía gracia. El caso es que aquel gesto alentó mis esperanzas.

—Así que le ha encargado usted unas fotos al joven —le decía el padre de Amalia a María de Maeztu.

—Pues sí, don Ramón. De la biblioteca.

—Bien, bien. Me pregunto si podría acompañarles durante la sesión antes de salir para Lugo y así me en-



seña usted los salones donde estudian las chicas. No he tenido ocasión de ver la residencia por dentro.

Y entonces fui yo el que acudió al rescate de María de Maeztu.

—Aquí tengo mi cámara —dije mientras enseñaba la Kodak Baby Brownie, tan pequeña que rara vez salía sin ella de casa cuando no trabajaba en el taller del periódico—. Estoy listo.

—¿No se les hará tarde, don Ramón? Tienen muchos kilómetros por delante y las carreteras en invierno... —le hizo ver la Maeztu en un intento de salir indemne de aquella situación en la que se había metido para salvar la reputación de una de sus alumnas.

—Haremos noche por el camino. No tenemos prisa por salir.

—En ese caso, será un placer mostrarle la biblioteca.

—La Residencia de Señoritas, no sé si lo sabes, ocupaba entonces varios pabellones en la calle Fortuny y el primero era el que había dejado vacío la Residencia de Estudiantes cuando la trasladaron a la colina de los Chopos. Allí se habían alojado Lorca y Dalí, y también Buñuel, unos años antes.

—Vete al grano, anda.

—El edificio principal es un palacete de dos plantas, con un porche y un mirador central, y una fuente de hierro en el jardín coronada por una piña.

—¿Una piña?

—Sí, una piña de la que sale el chorro del agua. La Maeztu...

—No la llames así.

La directora nos llevó hasta el mirador de la primera planta, creo que era su despacho, con una vista espléndida sobre el jardín, y nos pidió que esperáramos allí un momento. Nos sentamos los tres en un sofá, al lado de una mesa colocada de espaldas al ventanal con forma de medio hexágono, y mientras aguardábamos a que volviera Maeztu, fue Amalia, en el centro del tresillo, la que se sintió en la obligación de decir algo para romper el silencio.

—A esta habitación la llamamos La Rotonda. Es muy cálida en invierno.

—Ya me lo contarás todo en el coche... —le dijo su padre con falsa sutileza.

Amalia no volvió a abrir la boca. Tampoco lo hice yo, amedrentado. Y después de cinco minutos de un nuevo silencio embarazoso, por fin apareció María de Maeztu.

—Tenemos que caminar unos pasos hasta el Instituto Internacional de Señoritas, aquí al lado. No sé si sabe, don Ramón, que hace unos años fusionamos las dos bibliotecas. Es un edificio precioso que está en esta misma manzana.

Y en verdad que lo es. Una auténtica mansión de cuatro plantas, la última abuhardillada, con una torre central y una terraza, un dintel clásico en el centro de la fachada, la pared de color arcilla, las ventanas blancas y una escalera interior de hierro forjado muy llamativa. Allí nos esperaba Zenobia Camprubí, la mujer del poeta Juan Ramón Jiménez, que además de ser una de las socias del Club Lyceum y una reconocida traductora, colaboraba con la filial española de la institución norteamericana que se había instalado en Madrid a principios de siglo.

—Zenobia, este es el señor Quiroga, que viene a ver la biblioteca. Ha sido una suerte que hoy estuvieras por aquí.

—Señor Quiroga, encantada de conocerle —le respondió, a la vez que estrechaba su mano, aquella mujer menuda, de pelo corto y mirada mesurada y elegante que nos recibió en la puerta—. Acompañenme, por favor.

—En realidad, solo vengo a echar un vistazo mientras hacen las fotos.

—¿Las fotos?

—Y este es el señor Yebra, Zenobia —me presentó entonces la directora de la residencia, azorada—. El fotógrafo del que te hablé hace un momento.

Y yo le enseñé la pequeña cámara Kodak a modo de saludo.

La biblioteca reunía a esas horas de la mañana a un reducido grupo de estudiantes. Acabado el primer trimestre del curso, la mayoría de las residentes volvía a sus casas durante las fiestas, como Amalia. Y el día soleado, después de una semana de lluvias, no invitaba a quedarse entre libros.

—Aquí tenemos más de catorce mil volúmenes, señor Quiroga. No hay muchas bibliotecas tan bien surtidas como esta en Madrid.

—Espléndido.

Las estanterías ocupaban toda la pared. Las mesas eran circulares. Grandes ventanales dejaban pasar la luz. Y Ramón Quiroga se adelantó unos pasos y extrajo un libro al azar.

—*El rojo emblema del valor* —leyó en alto—. ¿La guerra de Secesión? ¿Les parece una lectura aceptable para unas señoritas?

—¿Qué es lo que no le gusta? —se atrevió a sondearle Zenobia.

Pero no escuché la respuesta destemplada del empresario, porque me había quedado rezagado junto a su hija, momento en que Amalia aprovechó para preguntarme «¿qué haces aquí?» con una voz que apenas era un susurro.

—He venido a verte.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué quieres verme?

—Porque te quiero —le dije así, de sopetón. Y sonó un poco impostado, claro, aunque sin duda era cierto

que ya la quería. Y que yo andaba muy apurado porque ella se iba y deseaba verla otra vez como fuera.

—¿Cómo que me quieres? —me preguntó. Y soltó una carcajada. La segunda. Sus pecas temblaron otra vez como favilas de un incendio.

—¿Qué te hace tanta gracia, hija? —le preguntó su padre mientras se volvía hacia nosotros, todavía con el libro que le había disgustado en la mano. Y yo levanté mi cámara, ofuscado, y le hice la primera fotografía.

Nos despedimos de Zenobia Camprubí, que se había tomado la molestia de explicarle a Ramón Quiroga que las mujeres podían leer los mismos libros que los hombres. «No hay lecturas femeninas o masculinas. Lo que vale para uno, vale para todas», le dijo.

Yo tomé cuatro o cinco fotografías más para salir del paso: Zenobia, con su pelo corto y algo rizado, la mandíbula generosa, los ojos al acecho, y María de Maeztu junto a ella, los labios finos, las mejillas sonrosadas y la mirada en apariencia concentrada en los libros. Dejamos la biblioteca camino del jardín. Amalia hacía un esfuerzo por mantener la compostura.

—Quizá quiera ver el pabellón Arniches —le sondeó la Maeztu a don Ramón Quiroga—. Allí tenemos algunos dormitorios, los salones y el comedor, y el laboratorio.

—¿Laboratorio?

Y mientras iniciaban una nueva conversación sobre el papel de las mujeres en la ciencia y el ejemplo de Marie Curie, agarré a Amalia del codo y la alejé unos pasos.

—¿Por qué te has reído? —le pregunté.

—Porque has dicho una tontería.

—¿Por qué te lo parece?

—Porque no me conoces. No sabes quién soy.

—¿Y quién eres?

—Una sirena —se le ocurrió decirme. Y le salió otra carcajada, luminosa, de su boca pequeña. Un olor dulce de azafrán se desprendía de sus cabellos mientras reía.

Y había algo inalcanzable en aquella risa desacomplejada, en aquella fragancia resplandeciente. Algo que estaba muy por encima de mí y que convertía a Amalia en una mujer tremendamente atractiva, a salvo de la vulgaridad y de la prudencia de otras chicas con las que me había cruzado. Su padre nos miró de nuevo, a punto de perder la paciencia, y se olvidó de la conversación que mantenía con María de Maeztu.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que estáis cuchicheando ahí los dos?

El chófer arrancó el Hispano Suiza. Don Ramón Quiroga se despidió cortés de la directora de la Residencia de Señoritas y le abrió la puerta trasera del automóvil a su hija.

—Muchacho —me tuteó a modo de despedida—, si tú eres fotógrafo del diario *Ahora* yo soy el mago Merlín.

«Y su hija, una sirena», me dieron ganas de decirle. Pero en lugar de eso fui sincero con él y creo que eso debió ablandarle.

—En realidad trabajo como tipógrafo. Pero algún día haré las fotografías —le confesé.

El automóvil amarillo, con los guardabarros oscuros y la rueda de repuesto en un lateral de la carrocería, se puso en marcha y enfiló la calle Fortuny camino de Mondoñedo. María de Maeztu me miró sin saber muy bien qué decirme. Y apenas se había alejado una decena de metros cuando el motor del Hispano Suiza se detuvo de repente. ¿Una avería?

Enseguida se bajó Amalia.

Amalia, la sirena. El pelo lacio. Los ojos del color del mar en invierno. Caminó a buen paso, pero sin correr, hasta la puerta de la residencia. Se acercó a mí, segura de sí misma, y ante la sorpresa de María de Maeztu me dijo:

—Ven a verme después de Reyes. Y no te preocupes por mi padre.

A continuación me plantó un beso en la mejilla izquierda mientras el Hispano Suiza daba marcha atrás para recogerla. Un beso más casto que el del Club Lyceum, sin duda, pero en el fondo mucho más intenso.